

carlista La Torre, muy decidido por la transacción, obtuvo de la mayoría de los jefes la promesa de que obrasen de acuerdo con él, y no prestasen obediencia á órdenes en que no estuviesen todos conformes. Hizo mas todavía La Torre, poniéndose en comunicacion directa con Espartero, con quien se avistó en Durango en la noche del 24. A su regreso á Marquina se encontró con una orden general, comunicada á los cuerpos del ejército, en la que se anunciaba la paz como próxima á concluirse; pero seguidamente recibió La Torre un urgente aviso de Maroto para que se presentase en Abadiano, donde se trataba seriamente de las condiciones de la paz; mas no habiendo habido allí conformidad entre las proposiciones que traía de parte de Espartero el brigadier Zavala y las pretensiones de los jefes carlistas, instó Zavala á Maroto para que se decidiese á tener una entrevista con el general en jefe de las fuerzas liberales. Resistióse Maroto en primer término á la proposicion, pero acabó por ceder á los razonamientos de Zavala, y montó á caballo para avistarse con su rival. Fué recibido por el duque de la Victoria al frente de su Estado mayor, y amistosa y cortésmente caminaron ambos á la ermita de San Antolin, donde conferenciaron juntamente con el general Urbiztondo, los brigadieres Linage y Zavala y el coronel Wylde, enviado del gobierno inglés cerca de nuestro cuartel general. La gran dificultad que se presentó, para llegar á un arreglo, lo fué la de los fueros, cuyo reconocimiento íntegro y sin alteracion alguna exigian los carlistas. A fin de obviar esta insistencia, fué encargado Urbiztondo de consultar con los jefes de su partido, si aceptarían la cláusula relativa á fueros, formulada por Espartero, con autorizacion del gobierno, en términos que estipulaban su conservacion *en cuanto sean conciliables con las instituciones y leyes de la nacion*. Rechazada por los jefes carlistas esta redaccion, se hizo ya imposible todo arreglo, y no pudo pasarse por otro punto que el de quedar rotas las negociaciones, á pesar de la cordialidad que habia mediado en las conferencias.

En su consecuencia anunció Espartero que al dia siguiente rompería las hostilidades. Mas desesperado el general La Torre del fracaso de la negociacion, obtuvo privadamente de Espartero que detuviese sus operaciones militares durante dos ó tres dias, deteniéndose en Vergara ú Oñate á fin de dar tiempo á La Torre para que reanudase las negociaciones.

En aquel estado de cosas asaltó á Maroto el arriesgado pensamiento de hacer intervenir á don Carlos en las negociaciones de paz, á cuyo efecto le dirigió, por conducto del brigadier Alvarez de Toledo, una lagrimosa representacion, fechada en Orozco el 4 de agosto, en la que se lamentaba de las contradicciones opuestas al celo con que siempre habia servido los intereses de la causa legítima, extendiéndose á demostrar que los menoscabos ó decepciones que esta habia experimentado eran de atribuir á Gonzalez Moreno y demás generales y consejeros que se habian mostrado contrarios á los planes de Maroto. Trataba este nuevamente de justificarse de los fusilamientos de Estella, y rogaba á don Carlos lo autorizase á tratar ó aceptar su dimision.

Coincidió con este hecho notable, que recibiese Maroto la contestacion á la comunicacion dirigida al gobierno inglés por conducto de lord Hay. Al llegar aquel documento á manos de dicho gabinete, consultó al ministro plenipotenciario cerca de la Reina de Inglaterra, al que, poseedor de instrucciones de su gobierno, puso al británico en situacion de contestar desembarazadamente á las proposiciones de Maroto en los terminos que expresa el documento número II que acompaña, y que llegó á manos del jefe carlista precedido de una carta del coronel Wylde.

No dió don Carlos una respuesta clara y terminante á la consulta de Maroto y esto llegó á temer que el príncipe le preparaba una celada, de resultados de que habiéndolo hallado sin previo aviso en los momentos en que Maroto marchaba en direccion de Navarra con ánimo de castigar á los sublevados de Echavarría, detúvolo don Carlos en circunstancias que hicieron temer á Maroto que se intentaba prenderlo ó cosa peor; contingencia que sagazmente evitó diciendo que iba á dar órdenes á los batallones que habia dejado á corta distancia, y que inmediatamente se reuniría á la escolta real; pero guardóse de

hacerlo así, dirigiéndose á Elgueta, donde se reunió Maroto á los suyos y tuvo conocimiento de que en el consejo tenido por don Carlos y los que lo acompañaban se habia tratado de proceder contra la persona de su jefe de E. M.

Desde Villarreal, donde aquel príncipe se dirigió, hizo llamar á Maroto por conducto del ministro de la Guerra. Temeroso aquel de que era citado con siniestro fin, disculpóse por enfermo, pero fué tanta la insistencia de su monarca por verlo en persona, que resistiéndosele aparecer medroso, pero no sin haber tomado algunas precauciones, se presentó de paisano y sin armas en el Real. Hizo presente Maroto al príncipe cuál era el objeto que se habia propuesto en su marcha á Navarra, y lo extraña que le habia sido la oposicion mostrada á la ejecucion de su plan, á lo que don Carlos repuso que era sabedor de haber terminado la sublevacion de Vera y de que Echavarría se habia internado en Francia; y que al siguiente dia llegarían á su presencia los ayudantes de los cuerpos complicados en el levantamiento á recibir órdenes y á marchar á los puntos á que fuesen destinados. Creia Maroto saber que lo contrario era la verdad y que la venida de los ayudantes tenia por objeto saber si habia don Carlos cumplido con la exigencia de deshacerse de Maroto, persuasion que hizo insistir á este en su dejacion del mando y en pedir permiso para retirarse á Francia.

Fuerza es seguir en las multiplicadas peripecias de tanta sospecha y tanta intriga, las afirmaciones del general Maroto, consignadas en sus *Memorias*, respecto á los hechos que le son personales; bajo la fe de cuyo testimonio nos cumple añadir que don Carlos terminantemente se negó á admitir la renuncia en que insistia su jefe de E. M., al que reconvino de que tratase de abandonarlo en las críticas circunstancias en que se hallaba la causa. Sorprendido y perplejo, nos dice Maroto, cedió á las instancias de don Carlos, en cuya compañía se dirigió al ejército, resuelto á llevar adelante su plan de pacificación, á cuyo efecto dió conocimiento al príncipe de las proposiciones recibidas de Espartero; las que, como se ve por la siguiente copia de las mismas, alteró Maroto, probablemente con ánimo de sondear la disposicion de don Carlos respecto á cláusulas mucho mas favorables que las que en realidad estaba dispuesto á conceder Espartero.

Hé aquí el tenor de la nota presentada á don Carlos por su jefe de E. M.:

«En la noche de ayer se me presentó un parlamentario del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes de parte del gobierno de Madrid:

»Reconocimiento del Sr. D. Carlos María Isidro de Borbon, mi rey y señor, como infante de España.

»Reconocimiento de los fueros de las Provincias en toda su extension.

»Reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considere acreedor á ello.

»Lo que digo á V. E. para que, poniéndolo en conocimiento de S. M., se me prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstancias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos mas reservados, ruego se me permita dar al público esta mi comunicacion, advirtiendo á V. S. que en la tarde de este dia me he propuesto tener una conferencia con el jefe superior enemigo para pedirle mas aclaraciones.—Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel general de Elgueta, 25 de agosto de 1839.—Señor brigadier encargado de la secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.»

La respuesta del Pretendiente aparece toda entera en el contenido de la siguiente alocucion que dió á luz inmediatamente:

«Voluntarios: Un acontecimiento tan extraordinario que no tiene ejemplo en la historia de nuestro país, vendría á manchar las glorias que habiais justamente adquiridos en esta heroica lucha, si continuasen algunos de vosotros en la defecion á que hoy os han conducido. Con el pretexto de paz se ha dado entrada al enemigo en vuestro suelo, y las cadenas de la esclavitud, la ignominia de vencidos van á reemplazar los laureles de que hasta ahora estabais cubiertos. La lealtad

de muchos ha sido sorprendida: son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al Rey N. S., y no es digno de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. A esto solo, y á ligaros á vosotros al carro de la revolucion, se reduce la paz con que á muchos han alucinado. Seguid al Rey, voluntarios; considerad vuestro heroismo de seis años y no queráis mancharle con un feo delito. Una paz en que se exige la abdicacion del Rey que habeis jurado; una paz convenida entre jefes militares sin autorizacion ni garantía alguna, ¿qué otra cosa puede ser que un engaño para apoderarse de un país que no han podido dominar con las armas?

»Desengañaos; esta es la traicion mas infame que han visto los nacidos. Morir primero que sucumbir. La causa de Dios peligrá y la de un Rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter: sois valientes; sois héroes y nada mas tengo que deciros. Voluntarios; Viva la Religion, viva el Rey!

»Villafranca 29 de agosto de 1839.—Juan Montenegro.»

De regreso Maroto de su conferencia con Espartero, presentóse á don Carlos en Elgueta, siéndole imperiosamente exigido por el príncipe que manifestase cuanto habia pasado en sus conferencias con Espartero, con el comodoro inglés y con el cónsul de Francia; á lo que contestó el general que nada mas tenia que añadir á lo anteriormente manifestado, y si solo que era de toda urgencia que el monarca resolviese, *porque ni el ejército ni los pueblos querian mas guerra*. Nos dice Maroto en sus *Memorias* que don Carlos se sonrió, contentándose con decirle que aguardase en la antecámara á ser nuevamente llamado, orden acompañada de ademanos que inspiraron sospecha al general y le dictaron la precaucion de comunicar instrucciones adecuadas á la compañía de guías y á los oficiales que lo acompañaban.

Vuelto á presencia de don Carlos, hallólo presidiendo un consejo de ministros y generales, del que formaban parte el infante don Sebastian, don Nazario Eguía y Silvestre, y en el que dió lectura de las proposiciones del general del ejército liberal. Todos los presentes convinieron en la gravedad de las circunstancias, pero solo se adoptó la resolucion de que don Carlos montase á caballo y se presentase ante el ejército para conocer el verdadero sentido en que se hallaba. Adoptó el príncipe resueltamente el consejo, y con toda celeridad se dirigió á los batallones, seguido por su escolta de caballería.

Fuerza es al historiador seguir sobre aquellas peripecias los datos consignados en las únicas relaciones auténticas que de los sucesos nos dan las *Memorias* de los que fueron actores y testigos de los hechos que referen. Así pues, de lo consignado en las suyas por Maroto, por Arizaga y por Urbiztondo, deducimos que ínterin don Carlos se dirigía al ejército, el general Silvestre, quedado en Elgueta, y otros agentes del cuartel real, procuraban arrastrar los batallones á que se pronunciasen en favor de don Carlos y contra su jefe de E. M.

Llegados á presencia de los batallones el príncipe y Maroto, arengólos el primero, preguntando á los soldados si lo reconocian por soberano y lo defenderian como hasta entonces lo habian hecho, ó si defenderian alguna otra persona que la suya. Afirman los testimonios que acabamos de citar que dos batallones castellanos vitorearon á don Carlos; momento crítico que no supo aprovechar este para haber electrizado con su palabra á los restantes batallones ó procedido contra el hombre de quien desconfiaba; pero no supo sacar partido de la circunstancia, é inmediatamente despues los restantes batallones guipuzcoanos, castellanos y navarros prorumpieron en unánimes gritos de «viva el general Maroto,» saliendo los sargentos al frente de las compañías y dando á la demostracion tal carácter de decision y entusiasmo, que, de no haberse reprimido las manifestaciones en contrario sentido, habria probablemente corrido sangre y vistose en compromiso la vida del mismo don Carlos. Vanamente procuró este desnaturalizar los efectos de lo que acababa de presenciar, manifestando su disgusto de que donde él estaba se vitorease á nadie mas. Los batallones castellanos mandados por Fulgosio y don Manuel Lasala guardaron alguna circunspeccion, pero al llegar don Carlos á los batallones guipuzcoanos, recibió el triste desengaño de que no respondiesen á sus repetidas exhortaciones, á las que procuró dar mayor fuerza diciendo: *Hijos míos, ¿nada me decís? ¿no me habeis entendido?* Aterrado del silencio con que eran escuchadas sus palabras, dirigióse al brigadier Iturbe, y le dijo que las repitiera en vasconcelo; y aunque así lo hizo, no se interrumpió el silencio de los guipuzcoanos. No quiso entonces don Carlos continuar la revista, y se retiró precipitadamente, seguido por su acompañamiento.

Dice Maroto en sus *Memorias*, que no obstante su creencia de que la escolta de don Carlos tuvo conatos de asesinarlo, resolvió dirigirse á Elgueta, donde suponía á don Carlos para recibir de sus labios la respuesta á las proposiciones leídas ante el consejo de ministros.

Mas no se dirigió el príncipe á Elgueta, como esperaba su jefe de E. M., á fin de recibir de labios del que reconocia por soberano, la respuesta á las proposiciones de paz que se le habian presentado antes de la revista. Consideróse Maroto burlado al mismo tiempo que creia haber corrido peligro de muerte, ó cuando menos de prision á manos de la escolta de don Carlos, é impresionable como lo era Maroto, adoptó la instantánea resolucion, que comunicó á sus adictos, de separarse del servicio de don Carlos y de dar cima al plan dirigido á poner término á la guerra.

Afirma Maroto, y no es desdoro deber darle crédito, que su determinacion produjo gran regocijo entre la tropa y el pueblo; manifestaciones que, teniendo lugar muy cerca del cuartel real, no bastaron, sin embargo, para que don Carlos se resolviese á seguir los consejos de su esposa, que lo excitaba á montar de nuevo á caballo y á presentarse al ejército, en cuyas filas no es dudoso habia diversidad de opinion; sobre entrar ó no en el convenio.

Pusilánime como lo era de suyo don Carlos, se limitó á admitir la dimision que le habia presentado Maroto, nombrando para sucederle al conde de Negri, quien en efecto se presentó al dimisionario requiriendo la entrega del mando, y poniendo en sus manos un pasaporte para Francia, que no aceptó Maroto, receloso de que habia intento de apoderarse de su persona en el camino, si en efecto se resolvía á emprenderlo. Hubo mas; Negri y Silvestre trataron de arrastrar los batallones que á su paso encontraron, induciéndoles á ir á reunirse con don Carlos. No lograron, sin embargo, su intento, como tampoco el de que Goñi los siguiese, pues aunque este jefe fluctuó por algunos momentos, tuvo motivos para creer que se le preparaba una celada en el cuartel real, y acabó por hacer causa comun con los resueltos á capitular.

En aquellos críticos momentos presentóse á Maroto el brigadier Zavala, enviado por Espartero para invitarlo á una entrevista, que en efecto tuvo lugar á la mañana siguiente en San Antolin de Abadiano, junto á Durango. Maroto ansiaba sacar por medio del convenio todo el partido posible á favor de los suyos, persuadido, como lo estaba, de que ínterin mayores ventajas lograrse, mayor seria el número de los que se acogiesen al pacto, y menos desairada la situacion en que quedaria, si en el fraccionamiento ya iniciado entre los carlistas fuese mayor el número de los que le seguian que el de los que se reuniesen á don Carlos; disposicion de ánimo que explica la inquietud, el mal humor y las contradicciones que tanto dieron que decir á los amigos de Maroto en aquellos dias de crisis.

La insistencia de dicho general en obtener de Espartero mas de lo que este podia consentir en concederle, produjo que, no obstante la cordialidad con que aquel fué recibido y agasajado en el cuartel general, acabaran por no entenderse los dos caudillos y se separasen resueltos á combatir. No tenia, sin embargo, Maroto, elementos con qué verificarlo, pues la mitad de sus soldados ansiaba la paz y la otra mitad estaba con don Carlos; é irritado por lo equívoco de su situacion y ofuscado al verse envuelto en dificultades de las que no acertaba cómo salir, resolvió echarse en brazos del príncipe, á quien acababa de abandonar y al que dirigió la siguiente súplica:

«Señor: Al ponerme á L. R. P. de V. M. como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atreveré á decir á V. M. que nunca es mas grande un monarca que cuando perdona las faltas de un vasallo. Don Eustaquio Laso presen-



